

Extracto del texto de **José Luís Brea**, *Sueño y trabajo en Ángel Marcos, Alrededor del sueño*, Taller de la imagen, Valladolid 2002.

Pongamos que la cámara de **Ángel Marcos** –y todo el trabajo posterior, sea realizado en laboratorios químicos o digitales, en máquinas que transforman moléculas, cifras o el signo de microcircuitos- realiza ese mismo trabajo. Me importa defender esto porque pienso que el interés de una producción se deja detectar cuando aquello de lo que habla y el método que lo produce en cierta forma coinciden, se refractan mutuamente. Quiero decir que lo interesante de este trabajo no es solamente que nos habla de modo inteligente sobre el *soñar en nuestros días*: sino que en cierta forma también es producido bajo la forma del soñar en nuestros días –valga decir, acoplando máquinas a máquinas, (ópticas a químicas, químicas a digitales, y unas y otras a deseantes, a soñadoras) y dejándolas (a todas) producir su trabajo: capturar, fragmentar, sustituir, recomponer, fundir ... –desear, interrumpir, condensar, significar.

El trabajo de **Ángel Marcos** explora así un territorio fronterizo, limítrofe: un no-lugar, la zona porosa de una permanente transición posible –pero permanente y desigualmente dificultada. Un lugar de transición pero también un lugar de corte, de interrupción y rechazo. El lugar en el que los sueños se proyectan y se cortan, se definen y al mismo tiempo son vueltos imposibles, irrealizables –o cuando menos extremadamente problemáticos.

Al mismo tiempo, ese territorio es definido como transitivo por otra mirada, esta vez geopolítica. Estamos ante una territorialidad a la vez explícita y metafórica –y en ambas dimensiones su membrana se dibuja en el proceso de una ósmosis turbia, como lo que deja e impide pasar. Por un lado entonces se habla de esos flujos de personas y mercancías que –compelidos a transitar fronteras y tierras- marcan el signo del tiempo en la época del capitalismo globalizado. Pero al mismo tiempo se habla de esos otros flujos del deseo hacia sus realizaciones en objetos y personas, en los deseos y su gestión –en las producciones globales de identidad y pasión. De alguna forma ambos no lugares –ambos territorios del corte- coinciden, como círculos anudados (quizás por la figura –a la que en tal caso le faltaría el tercer círculo- del borromeo lacaniano). La frontera de la desdicha, del deseo frustrado en el problema, es también una frontera de clase –quizás de etnia, de frontera, una cuestión de papeles, leguleya.